



la maleta de B.

ATILIO CABALLERO



PREMIO
ALEJO
CARPENTIER
CUENTO
2020

Título

la maleta de B.

ATILIO CABALLERO

Jurado Premio Alejo Carpentier Cuento 2020:
Jesús David Curbelo
Michel Encinosa
Daniel Díaz Mantilla

© Atilio Caballero, 2020
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 2020

ISBN: 9789591024213

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Si precisa obtener licencia de reproducción para algún fragmento en formato digital diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o entre la web www.conlicencia.com EDHASA C/ Diputació, 262, 2º 1ª, 08007 Barcelona. Tel. 93 494 97 20 España.

E-Book -Edición-corrección y diagramación: Sandra Rossi Brito / Dirección artística, diseño y conversión a ePub: Javier Toledo Prendes

Tomado del libro impreso en 2020 - Edición y corrección: Georgina Pérez Palmés / Dirección artística: Suney Noriega Ruiz / Diseño de cubierta: Eduardo Fariñas / Fotografía de cubierta: Atilio Caballero / Emplane: Jacqueline Carbó Abreu



Instituto Cubano del Libro / Editorial Letras Cubanas
Obispo 302, esquina a Aguiar, Habana Vieja.
La Habana, Cuba.

E-mail: elc@icl.cult.cu
www.letrascubanas.cult.cu

Autor



ATILIO CABALLERO (Cienfuegos, Cuba, 1959). Director del grupo Teatro de La Fortaleza. Máster en Dirección Escénica, Universidad de las Artes, La Habana. Ha publicado las novelas *Naturaleza muerta con abejas* (Olalla Ediciones, Madrid, 1997; Letras Cubanas, 1999), *La última playa*, Premio Ópera Prima, Madrid, 2000 (Akal, 2001; Hypermedia, Madrid, 2016) y Premio Cirilo Villaverde de Novela de la Unión de Escritores de Cuba, 1999 y *La máquina de Bukowski* (Letras Cubanas, 2004), así como los libros de relatos *El azar y la cuerda* (Premio Pinos Nuevos, 2001) y *Tarántula* (Letras Cubanas, 2000), los poemarios *La arena de las plazas* (Premio Calendario, 2001) y *El olor del césped recién cortado* (Ediciones Matanzas, 2019), *Cuarteto* (teatro, Letras Cubanas, 2014) y *Escribir el teatro* (ensayo, dramaturgia, Editorial Mecenaz, 2008; *Sed de Belleza*, 2018). Traductor de literatura italiana, ha traducido y publicado, entre otros, a Claudio Magris, Eugenio Montale, Andrea Zanzotto y Mario Luzi. Recibió el Premio Alejo Carpentier de Cuento en 2013 por su libro *Rosso Lombardo*, el Premio Ilse Erythropel de Poesía, La Gaceta de Cuba, 2016, así como el Premio Fundación de la Ciudad de Matanzas, 2017, de teatro, por la obra *Zona*.

Se recogen aquí nueve relatos sobre muy diversos temas, aunque todos parecen vincularse a partir de dos

percepciones específicas: por un lado, el descubrimiento de la identidad a través de la experiencia del viaje, y por el otro, el sentimiento de pérdida irreparable que significa la ausencia del padre. En todos ellos, un peculiar tratamiento del lenguaje funciona como elemento aglutinador de tales «pesquisas» existenciales. Así pues, todos portan ese hilo comunicante muy sutil de la búsqueda de una respuesta al significado de la identidad y al motivo del viaje como detonador de dicha interrogante. Asimismo, este cuestionamiento de la identidad alude a dos aspectos fundamentales: el lenguaje y la memoria, eje central de los conflictos de todas estas historias, que destacan tanto por su profundidad filosófica como por el empleo de procedimientos estilísticos muy personales que distinguen la obra del autor.

poco antes de llegar a las aguas termales

*No soy capaz de asignarle un nombre concreto a ese sonido,
o al menos una fórmula descriptiva...*

S. CHEJFEC

Voy mirando las fotos con cuidado. Es decir, con esmero y tensión. Son doce fotos, a color, impresas en papel. Una cantidad suficiente para armar un documento. Un *documento verdadero* como algo necesario para sustentar —por ejemplo, aunque no es el caso— un texto literario. Una evidencia notoria que aporte verosimilitud, casi un objeto físico, palpable, que se pueda ver y tocar. Y suficiente para establecer una hipótesis. Sin embargo, mientras miro las fotos, lo único tangible aquí parece ser el recuerdo de ese momento, un recuerdo nítido que sobrevive como un resto sensorial. Que ha fermentado en mí. La memoria, entonces, conserva una claridad y una precisión que la imagen no puede proporcionar. El «referente», la evidencia principal de toda foto con persona se desvanece, deslavado, a la manera de un cromo que pierde su pátina, un daguerrotipo sedicioso con la presencia humana. Lo que ahora puedo ver son rostros y brazos y piernas que se difuminan, imprecisos, como si hubiesen sido sorprendidos en pleno movimiento mientras, detrás, las hojas de los arbustos aparecen minuciosamente perfiladas, en absoluta quietud, con todos sus matices, sus tersos filamentos, sus esporas incluso, y la corteza de los árboles exhibe una rugosidad impecable, una nitidez absoluta en su contorsión, en las figuras que esa cáscara parece dibujar en la aspereza de su tronco prístino. Pero la

boca, tan torcida, ni siquiera llega a ser una mueca, tan desdibujada está.

No es que fuese algún tipo de juego, o que lo tomáramos a la ligera, pero todos queríamos salir en las fotos, todos queríamos dejar constancia de haber estado allí. Por eso cada uno hizo la suya, o un par de ellas, y luego entregaba la cámara a otro y se incorporaba al grupo ya preparado para la siguiente instantánea. También hicimos fotos personales, quiero decir, con las cámaras o teléfonos de cada cual. Con la primera opción, entonces —una misma cámara para todas las fotos— queda descartada la posible impericia por parte del fotógrafo —un problema de ajuste, de enfoque, de velocidad, de exposición: es imposible que cada uno haya cometido, disciplinadamente, los mismos errores. También habría que descartar la posibilidad de un desperfecto técnico de la máquina: tanto las imágenes hechas momentos antes de entrar, como aquellas realizadas al azar una vez que seguimos camino, poseían tranquilamente todo eso que ostenta cualquier foto común: claridad, definición, color, encuadre, sonrisas, alguien que duerme.

Nuestros anfitriones nos habían prometido un regalo de despedida. Por tanto, era también una sorpresa, que con mucho celo se ocuparon de guardar durante toda nuestra estancia. Sabía que tratándose de ellos, la cosa no quedaría en una simple invitación a comer a un lugar exótico, o un presente estrafalario para guardar como *souvenir*. Furiosos *enemigos de la globalización* (así se definían), vivían apartados de todo en lo alto de una colina, desde donde, en días muy claros, era posible divisar la ciudad, apenas un esbozo. Y en consonancia con su credo ideológico, vivían de regentar un *negocio de antigüedades* que vendía muebles